

BATALLA DE LEIPZIG. — VUELTA DE BONAPARTE A PARÍS. — TRATADO DE VALENÇAY. — EL CUERPO LEGISLATIVO CONVOCADO Y APLAZADO. — PRIMER DÍA DEL AÑO 1814. — EL PAPA PUESTO EN LIBERTAD. — NOTAS QUE LUEGO FUERON EL FOLLETO DE BONAPARTE Y DE LOS BORBONES. — TOMO UNA HABITACIÓN EN LA CALLE DE RÍVOLI. — ADMIRABLE CAMPAÑA DE FRANCIA, 1814. — COMIENZO A IMPRIMIR MI FOLLETO. — LA GUERRA EN LAS PUERTAS DE PARÍS. — FUGA DE MARÍA LUISA Y DE LA REGENCIA. — PROCLAMA DEL PRÍNCIPE GENERALÍSIMO SCHWARZENBERG. — CAPITULACIÓN DE PARÍS.

El 18 y el 19 de octubre se dió en los campos de Leipzig ese combate que los alemanes han llamado la *batalla de las naciones*. El príncipe de Suecia, el emperador de Rusia y el rey de Prusia penetraron en Leipzig por tres puertas diferentes, y habiendo experimentado Napoleón una inmensa pérdida, se retiró haciendo volar los puentes detrás de sí. Herido dos veces el príncipe Poniatowski, se ahogó en el Elster, y la Polonia se abisma con su último defensor. Napoleón se detuvo en Erfurt, y desde allí anunció en su boletín que su ejército, victorioso siempre, *llegaba como un ejército batido*. Poco tiempo antes había visto Erfurt a Napoleón en el colmo de su prosperidad.

En fin, los bávaros, desertores después, intentan exterminar en Hanau el resto de nuestros soldados: algunos conscriptos, ya veteranos, salvan a Bonaparte, tomando posiciones detrás del Rin. Llegado como fugitivo a Mayenza, Napoleón se encontró el 19 de septiembre en Saint-Cloud.

Holanda reconquista su independencia y llama al príncipe de Orange.

El 1.º de diciembre declararon las potencias aliadas «que ellas no hacían la guerra a Francia, sino solamente al emperador, o más bien a esa preponderancia que se había ejercitado demasiado tiempo fuera de los límites de su imperio, para desgracia de Europa y de Francia.»

Por el tratado de Valençay de 11 de diciembre, el miserable Fernando VII es enviado a Madrid, terminando de este modo la criminal empresa de España, causa primera de la pérdida de Napoleón.

El 19 de diciembre de 1813 se reunió el Cuerpo legislativo. Sorprendente en el campo de batalla, notable en su consejo de Estado, Bonaparte no tiene ya el mismo valor en política: ignora la lengua de la libertad, y si trata de expresar afecciones congénitas, sentimientos paternales, se entenece de pronto, y mezcla palabras conmovidas a su insensibilidad: «Mi corazón—dice al Cuerpo legislativo—tiene necesidad de la presencia y del afecto de mis súbditos. Nunca me he dejado seducir por la prosperidad, y la desgracia me halla fuera del alcance de sus tiros. Yo había concebido y ejecutado designios para la prosperidad y la ventura del mundo. *Monarca y padre*, conozco que la paz establece la seguridad de los tronos y la de las familias.»

Los aliados atravesaron el Rin el 21 de diciembre de 1813 desde Bale hasta Schaffouse, con más de cien mil hombres, y el 31 del mismo mes el ejército de Silesia, a las órdenes de Blucher, lo pasó a su vez desde Manheim hasta Coblenza. Por disposición del emperador, el Senado y el Cuerpo legislativo habían nombrado dos comisiones encargadas de enterarse de los documentos referentes a las negociaciones con las potencias coaligadas: previsión de un poder que, negándose a consecuencias ya inevitables, quería legar su responsabilidad a otro poder.

La comisión del Cuerpo legislativo, que presidía el señor Lainé, se atrevió a decir que «los medios de paz tendrían efectos seguros, si los franceses estuvieran convencidos de que su sangre no sería derramada sino para defender su patria y leyes protectoras; y que se suplicaba a S. M. mantuviese la entera y constante ejecución de las leyes que garantizaban a los franceses los derechos de la libertad, de la seguridad, de la propiedad, y a la nación el libre ejercicio de sus derechos políticos.»

El ministro de Policía, duque de Rovigo, hizo instruir causa sobre aquel hecho, y un decreto de 31 de diciembre aplazó el Cuerpo legislativo, cerrándose las puertas de la sala: Bonaparte trató a los miembros de la comisión legislativa de *agentes pagados por Inglaterra*. «El tal Lainé—decía—es un traidor, que sostiene correspondencia con el príncipe regente por mediación de Desezé: Raynouard, Maine de Biran y Flaugergues son facciosos.»

En la recepción del día de año nuevo

de 1814, todos esperaban alguna escena, y yo he conocido un hombre de aquella corte, que se preparaba a echar mano a la espada a todo evento. Bonaparte no usó palabras violentas, mas se expresó, no obstante, con aquella fogosidad que algunas veces causaba la confusión aun entre sus mismos alabarderos: «¡Por qué—decía—hablar ante Europa de estos debates domésticos! La ropa sucia debe lavarse en familia. ¿Qué es un trono? Un pedazo de madera cubierto con otro pedazo de tela: todo depende del que se sienta en él. Francia tiene más necesidad de mí que yo de ella. Yo soy uno de esos hombres a quienes se mata, pero a quienes no se deshonor. Dentro de tres meses se firmará la paz, o el enemigo será arrojado de nuestro territorio, o yo habré muerto.»

Napoleón estaba acostumbrado a lavar en sangre la *ropa sucia* de los franceses: en esos tres meses ni se firmó la paz, ni el enemigo fué echado de nuestro territorio, ni Bonaparte perdió la vida.

Abrumada por tantas calamidades y por la ingrata obstinación del amo que se había dado, Francia se veía invadida por el inerte estupor que nace de la desesperación.

Un decreto del emperador había movilizado ciento veintiún batallones de guardias nacionales: otro decreto había constituido un consejo de regencia presidido por Cambacérés y compuesto de ministros, a cuya cabeza estaba colocada la emperatriz, y José, monarca disponible que había vuelto de España con sus pillajes, fué nombrado comandante general de París. El 25 de enero de 1814 salió Napoleón de su palacio para el ejército, donde iba a producir una brillante llama al apagarse.

La antevíspera fué devuelta al papa su libertad; la mano que a su vez iba a llevar cadenas, se vió obligada a romper los grillos que había puesto: la Providencia había cambiado las fortunas, y el viento, que soplabá al rostro de Bonaparte, empujaba los aliados hacia París.

Advertido de su libertad Pío VII, se apresuró a hacer una corta oración en la capilla de Francisco I; luego subió en un carruaje, y atravesó ese bosque que, según la tradición, ve aparecer al gran cazador de la muerte, cuando un rey va a bajar a la tumba de Saint-Denis.

El papa viajaba bajo la vigilancia de un oficial de gendarmería que le acom-

pañaba en un segundo coche. En Orleáns se enteró del nombre de la ciudad donde entraba.

Siguió el camino del Mediodía, en medio de las aclamaciones de la multitud, de esas provincias por donde pronto debía pasar el emperador, apenas en seguridad bajo la guardia de los comisarios extranjeros. El viaje de Su Santidad se retardó por la caída misma de su opresor; las autoridades habían cesado en sus funciones, y no se obedecía a nadie: una orden firmada por Napoleón, orden que veinticuatro horas antes hubiera derribado la cabeza más alta y hecho caer un reino, era un papel sin curso. Fué necesario que un mandato provisional de los Borbones acabase de devolver la libertad al pontífice.

Pío VII caminaba en medio de los cánticos y de las lágrimas, al repique de las campanas y a los gritos de *viva el papa! viva el jefe de la Iglesia!* Le llevaban, no las llaves de las ciudades, ni las capitulaciones mojadas en sangre y obtenidas por el homicidio, sino enfermos que curar, y nuevos esposos que bendecir. En las ciudades sólo quedaban los que no podían marchar, y los peregrinos pasaban la noche en los campos aguardando la llegada del anciano sacerdote. Los campesinos, en su candidez, encontraban que el padre santo se parecía a Nuestro Señor, y los protestantes, enternecidos, exclamaban: «He aquí el hombre más grande de su siglo.» Tal es la grandeza de la verdadera sociedad cristiana, donde Dios se confunde constantemente con los hombres. Tal es sobre la fuerza del hacha y del cetro la superioridad del poder del débil, sostenido por la religión y la desgracia.

Pío VII atravesó Carcassonne, Beziers, Montpellier y Nimes, para regresar a Italia. A orillas del Ródano parecía que los innumerables cruzados de Raimundo de Tolosa pasaban aún revista en Saint-Remy. El papa volvió a ver Niza, Savona e Imola, testigos de sus aflicciones recientes y de las primeras maceraciones de su vida.

En Bolonia fué dejado el papa en manos de las autoridades austriacas. Murat, Joaquín Napoleón, rey de Nápoles, le escribió el 4 de abril de 1814:

«Santísimo padre, habiéndome hecho la suerte dueño de las armas de los Estados que poseáis cuando os visteis obligado a salir de Roma, no vacilo en ponerlos bajo vuestra autoridad, renun-

ciando en vuestro favor, a todos mis derechos de conquista sobre este país.»

¿Qué se ha dejado a Joaquín y a Napoleón moribundos?

Aun no había llegado el papa a Roma, cuando ofreció un asilo a la madre de Napoleón. Sus legados habían tomado posesión de la ciudad eterna, y el 23 de mayo, en plena primavera, Pío VII distinguió la cúpula de San Pedro. Se ha contado que derramó lágrimas al volver a ver la cúpula sagrada. Cuando iba a atravesar la puerta del Pópolo, el pontífice fué detenido, y veintidós huérfanos, vestidos con túnicas blancas, y cuarenta doncellas llevando grandes palmas doradas, salieron a su encuentro entonando cánticos. La multitud gritaba: ¡Hosanna! Pignatelli, que mandaba las tropas en el Quirinal cuando Radet asaltó el jardín de las olivas de Pío VII, conducía ahora la procesión de las palmas. Al mismo tiempo que Pignatelli cambiaba de papel, nobles perjuros desempeñaban en París, detrás del sillón de Luis XVIII, sus funciones de grandes servidores: la prosperidad nos es transmitida con sus esclavos, como en otras épocas una tierra señorial era vendida con sus siervos.

En el invierno de 1813 a 1814 alquilé una habitación en la calle de Rivoli, enfrente de la primera reja del jardín de las Tullerías, ante la cual había oído pregonar la muerte del duque de Enghien. Todavía no se veían en esta calle más que las arcadas construidas por el gobierno y algunas casas que se comenzaban a edificar.

Necesitábase nada menos que los males de que Francia estaba colmada para mantenerse en el alejamiento que Bonaparte inspiraba y para defenderse al mismo tiempo de la admiración que hacía renacer tan pronto como obraba: era el genio más firme de acción que jamás haya existido. Su primera campaña en Italia y su última campaña en Francia (no hablo de Waterlloo) son sus dos páginas más brillantes: Condé en la primera, Turena en la segunda, gran guerrero en aquélla, grande hombre en ésta; pero con diferentes resultados: por una ganó el imperio, por la otra lo perdió. Sus últimas horas de poder, desarraigadas y todo como estaban, no pudieron ser arrancadas, como los dientes de un león, sino por los esfuerzos de los brazos de Europa. El nombre de Bonaparte era todavía tan formidable, que los ejércitos

enemigos no pasaron el Rin sino poseídos de terror, y sin cesar miraban atrás para asegurarse bien de que era posible la retirada: dueños de París, todavía temblaban. Dirigiendo la vista Alejandro hacia Rusia al penetrar en Francia, felicitaba a las personas que podían marcharse allá, y escribía a su madre sus ansiedades y sus penas.

Napoleón batió a los rusos en Saint-Dizier, y a los prusianos y a los rusos en Brienne, como para honrar los campos en que había sido educado. Destruye el ejército de Silesia en Montmirail, en Champaubert, y una parte del gran ejército en Montereau. En todas partes se encuentra, y va, y viene, y rechaza las columnas de que se ve rodeado. Los aliados proponen un armisticio, y el emperador rompe los preliminares de la paz ofrecida, y exclama: «¡Yo estoy más cerca de Viena que el emperador de Austria de París!»

Rusia, Austria, Prusia e Inglaterra, para reforzarse mutuamente, concluyeron en Chaumont un nuevo tratado de alianza; pero en el fondo, alarmadas de la resistencia de Napoleón, pensaban en la retirada. En Lyon se formaba un ejército en el flanco de los austriacos; en el Mediodía, el mariscal Soult detenía al ejército inglés, y el congreso de Châtillon, que no fué disuelto hasta el 18 de marzo, negociaba aún. Bonaparte echó a Blucher de las alturas de Craone. El gran ejército aliado no triunfó el 27 de febrero en Bar-sur-Aube, sino por la superioridad del número. Multiplicándose Napoleón, había recobrado a Troyes que los aliados volvieron a ocupar. De Craone se dirigió Bonaparte a Reims, y dijo: «Esta noche iré a coger a mi suegro en Troyes.»

El 20 de marzo se desarrolló un combate cerca de Arcis-sur-Aube. En medio de un fuego atronador de artillería, cae una bomba en el frente de un cuadro de la guardia, que pareció hacer un ligero movimiento: Napoleón se lanza sobre el proyectil, cuya mecha arde, y la hace humear a su caballo: la bomba estalla, y el emperador sale sano y salvo de en medio de sus inflamados cascos.

La batalla debía continuar el día siguiente; pero Bonaparte, cediendo a la inspiración del genio, inspiración que, sin embargo, le fué funesta, se retira a fin de dirigirse sobre la retaguardia de las tropas confederadas, separándolas de sus almacenes y engrosar su ejército con las guarniciones de las plazas fronterizas.

Los extranjeros se disponían a replegarse sobre el Rin, cuando Alejandro, por uno de esos impulsos del Cielo que cambian todo el mundo, tomó la determinación de marchar a París, cuyo camino veía libre (1). Bonaparte creía arrastrar la masa de los enemigos, y sólo era seguido de diez mil hombres de caballería que él pensaba fuesen la vanguardia de las tropas principales, y que le ocultaban el verdadero movimiento de los prusianos y de los moscovitas. Dispersó a esos diez mil caballos en Saint-Dizier y Vitry, y entonces conoció que el gran ejército aliado no iba detrás. Este ejército, precipitándose sobre la capital, sólo tenía delante los mariscales Marmont y Mortier, con unos doce mil conscriptos.

El emperador se dirigió apresuradamente sobre Fontainebleau, donde una santa víctima, al retirarse, había dejado el remunerador y el vengador. Constantemente en la historia marchan juntos dos cosas: si un hombre se abre una vía de injusticia, al mismo tiempo abre otra de perdición; a una distancia marcada, el primer camino viene a caer en el segundo.

Los ánimos estaban bastante agitados: la esperanza de ver cesar, a toda costa, una guerra cruel que pesaba hacía veinte años sobre Francia, harta ya de desgracias y de gloria, empezaba a invadir las masas. Cada cual se ocupaba del partido que debería tomar en la próxima catástrofe, y todas las noches iban mis amigos a charlar en el cuarto de la señora de Chateaubriand, refiriendo y comentando los acontecimientos del día. El señor de Fontanes, de Clausel y Joubert acudían con esa porción de amigos de paso que dan los sucesos y que los sucesos retiran. La señora duquesa de Levis, bella y apacible, a quien luego encontraremos en Gante, hacía compañía a la señora de Chateaubriand. La señora duquesa de Duras residía también en París, y yo iba muchas veces a visitar a la señora marquesa de Montcalm, hermana del duque de Richelieu.

A pesar de la inmediatez de los campos de batalla, yo estaba persuadido de que los aliados no entrarían en París, y de que una insurrección nacional pondría fin a nuestros temores. La obcecación de esta idea me impedía sentir tan claramente como lo hubiera hecho la presen-

(1) He oído contar al general Pozzo que él fué quien determinó a Alejandro a marchar adelante.

cia de los ejércitos extranjeros; pero no podía menos de reflexionar en las calamidades que habíamos hecho sufrir a Europa, al ver a Europa devolvérmolas.

Entre tanto no cesaba de ocuparme de mi folleto, que estaba preparando como un remedio para cuando llegase a estallar el momento de la anarquía. No es así como escribimos hoy, sin más guerra que temer que la de los folletines. Por la noche me encerraba bajo llave, ponía mis papelotes debajo de la almohada, y dejaba dos pistolas cargadas sobre la mesa; así me acostaba entre dos musas. Había compuesto mi texto bajo la forma de folleto, que ha conservado, y a manera de discurso, distinto en ciertos puntos del folleto, pues suponía que al levantamiento de Francia, acudiría la multitud a reunirse en el Hotel de Ville, y me había preparado de este modo sobre dos temas.

Mi esposa ha escrito algunas notas en diversas épocas de nuestra vida común; entre ellas encuentro el párrafo siguiente:

«El señor de Chateaubriand estaba escribiendo su folleto *De Bonaparte y de los Borbones*. Si se hubieran apoderado de este folleto, no era dudosa la sentencia: el patíbulo. Sin embargo, el autor ponía una negligencia increíble en ocultarlo, y muchas veces, cuando salía, lo dejaba olvidado sobre su mesa; su prudencia no pasaba jamás de meterlo debajo de la almohada, lo cual hacía delante de su ayuda de cámara, mozo muy honrado, pero que podía dejarse tentar. Yo sufría angustias mortales, y así, en el momento en que salía el señor de Chateaubriand, iba por el manuscrito, y me lo guardaba. Una vez, al atravesar las Tullerías, advertí que no lo llevaba, y muy segura de haberlo sentido al salir, no dudé haberlo perdido en el camino. Ya veía el fatal escrito en las manos de la policía, al señor de Chateaubriand preso, y caí sin conocimiento en medio del jardín; algunas buenas personas que me socorrieron me llevaron a casa, que no estaba muy lejos. ¡Qué suplicio cuando al subir la escalera vacilaba entre un temor, que era casi una certidumbre, y una leve esperanza de haberlo olvidado en la habitación! Al acercarme al cuarto de mi marido, me sentí desfallecer de nuevo; entro, en fin, y nada había sobre la mesa; me acerco al lecho, tiento primero la almohada, y no noto nada; pero la levanto, y veo el rollo de papeles. Ca-

da vez que lo recuerdo me late el corazón, y jamás he experimentado en mi vida semejante sensación de alegría; puedo decir, en verdad, que no hubiera sido tan grande si me hubiera visto libre al pie del cadalso, porque aquel a quien veía libre me era mucho más caro que mi misma vida.»

¡Qué infeliz sería yo si hubiese podido causar un momento de pena a mi esposa!

Me había visto obligado a confiar mi secreto a un impresor, el cual había consentido en arriesgarse en el asunto: conforme a las noticias de cada hora, me devolvía o se llevaba las pruebas corregidas a medias, según que el ruido del cañón estuviera más cerca o más lejos de París: por espacio de quince días jugué de esta manera mi vida.

El cerco se estrechaba alrededor de la capital, y a cada momento se sabía un progreso del enemigo. Por las barreras entraban mezclados prisioneros rusos, y heridos franceses conducidos en carretos; muchos de ellos caían medio muertos bajo las ruedas que ensangrentaban, y algunos conscriptos, llamados de lo interior, atravesaban la capital, dirigiéndose al ejército. De noche se oían pasar por los baluartes exteriores los trenes de artillería, y no se sabía si las detonaciones lejanas anunciaban la victoria decisiva o la última derrota.

Por último, la guerra fué a establecerse en las barreras de París. Desde las torres de Notre-Dame se vió aparecer la cabeza de las columnas rusas, como las primeras ondulaciones del flujo del mar sobre una playa. Entonces sentí lo que debía experimentar un romano cuando, desde lo alto del Capitolio, divisaba los soldados de Alarico y la antigua ciudad de los latinos a sus pies, como yo divisaba los soldados rusos y a mis pies la antigua ciudad de los galos. ¡Adiós, pues, lares patrios, hogares que conservaban las tradiciones del país, techos bajo los cuales habían respirado aquella Virginia sacrificada por su padre al pudor y a la libertad, aquella Eloísa adicta por el amor a la religión y a las letras!

Dos siglos hacía que París no veía el humo de los campamentos del enemigo, y es Bonaparte quien, de triunfo en triunfo, ha traído los tebanos a la vista de las mujeres de Esparta. París era el punto de donde había partido para correr la tierra, y a él volvía dejando de-

trás el enorme incendio de sus nuevas conquistas.

Se precipitaban en el Jardín Botánico, que en otro tiempo hubiera podido proteger la abadía fortificada de Saint-Victor, el pequeño número de cisnes y de plátanos, a quienes nuestro poder había prometido una paz eterna, era perturbado, y desde lo alto del laberinto, por encima de los grandes cedros, por encima de los graneros de abundancia que Napoleón no había tenido tiempo de concluir, y más allá del solar de la Bastilla y del torreón de Vincennes (lugares que referían nuestra sucesiva historia), la muchedumbre contemplaba el fuego de la infantería en el combate de Belleville. Montmartre fué tomado, y las balas de cañón llegaron hasta los bulevares del Temple. Algunas compañías de la guardia nacional salieron, y perdieron trescientos hombres alrededor del sepulcro de los mártires. Nunca brilló Francia militar con más vivo esplendor en medio de sus reveses: los últimos héroes fueron los ciento cincuenta jóvenes de la escuela politécnica, convertidos en artilleros en los raudos del camino de Vincennes. Cercados de enemigos, rehusaban rendirse, y fué preciso arrancarlos de sus piezas: los granaderos rusos los agarraban, ennegrecidos de pólvora y cubiertos de heridas, y mientras que ellos se defendían con sus brazos, los moscovitas alzaban en el aire con gritos de victoria y de admiración estas tiernas palmas francesas que, ensangrentadas, entregaban a sus madres.

Durante este tiempo, huía Cambacérès con María Luisa, el rey de Roma y la regencia. En las esquinas se leía esta proclama:

«El rey José, lugarteniente general del emperador, comandante en jefe de la guardia nacional.

»Ciudadanos de París:

»El consejo de regencia ha provisto a la seguridad de la emperatriz y del rey de Roma: yo me quedo entre vosotros. Armémonos para defender esta ciudad, sus monumentos, sus riquezas, nuestras mujeres, nuestros hijos, todo lo que nos es querido. Que esta inmensa ciudad se convierta en un campamento por algunos momentos, y que el enemigo encuentre su vergüenza al pie de estos muros que espera atravesar en triunfo.»

Rostopchin no pretendió defender Moscovú; lo incendió. José anunciaba que no abandonaría nunca a los parisienses, y huía en secreto, dejándonos su valor pegado en las esquinas de las calles.

El señor de Talleyrand formaba parte de la regencia nombrada por Napoleón. Desde el día en que el obispo de Autun dejó de ser ministro de Estado del Imperio, sólo había soñado una cosa, la desaparición de Napoleón seguida de la regencia de María Luisa, regencia de que él, príncipe de Benevento, hubiera sido el jefe. Al nombrarle Bonaparte miembro de una regencia provisional en 1814, parecía haber favorecido sus designios secretos. La muerte napoleónica no había sobrevenido, y sólo restó al señor de Talleyrand el recurso de arrastrarse a los pies del coloso que no podía derribar, sacando partido del momento en pro de sus intereses. La posición se presentaba difícil; permanecer en la capital era cosa indicada, pero si Napoleón volvía, el príncipe separado de la regencia fugitiva, el príncipe retardatario, corría el riesgo de ser fusilado; por otra parte, ¿cómo abandonar París en el momento en que los aliados podían penetrar en él? ¿No sería esto renunciar al provecho del éxito, haciendo traición a ese mañana de los acontecimientos para el cual estaba hecho el señor de Talleyrand? Lejos de inclinarse hacia los Borbones, les temía a causa de sus diversas apostasías. Sin embargo, puesto que había una probabilidad cualquiera para ellos, el señor de Vitrolles, con el asentimiento del prelado casado, se marchó ocultamente al congreso de Châtillon como cuchichero encubierto de la legitimidad.

El señor Laborie, que poco después, en tiempo del señor Dupont de Nemours, fué secretario particular del gobierno provisional, fué a ver al señor de Laborde, agregado a la guardia nacional, revelándole la marcha del señor de Talleyrand. «Se dispone, le dijo, a seguir a la regencia, y quizás le parezca a usted necesario prenderlo, a fin de poder negociar con los aliados, si es necesario.» La comedia fué representada con la mayor perfección. Cargáronse con gran estrépito los carruajes del príncipe, y se puso en marcha el 30 de marzo a mediodía: al llegar a la barrera de *Enfer* le rechazaron inexorablemente, a pesar de sus protestas. En caso de una vuelta milagrosa, allí estaban las pruebas ates-

tiguando que el antiguo ministro intentó seguir a María Luisa, y que la fuerza armada le había cerrado el paso.

Al mismo tiempo, en presencia de los aliados, el conde Alejandro de Laborde y el señor Tourton, oficiales superiores de la guardia nacional, fueron enviados cerca del generalísimo príncipe de Schwarzenberg, el cual había sido uno de los generales de Bonaparte durante la campaña de Rusia. La proclama del generalísimo se conoció en París, en la tarde del 30 de marzo. «Hace veinte años—decía—Europa está inundada de sangre y de lágrimas: todos los intentos para poner un término a tantas desgracias han sido inútiles, porque existe en el principio mismo del gobierno que os oprime un obstáculo insuperable a la paz. Parisienses, no ignoráis la situación de vuestra patria; la conservación y la tranquilidad de vuestra ciudad serán el objeto de los cuidados de los aliados. Con estos sentimientos es como Europa, armada ante vuestros muros, se dirige a vosotros.»

¡Qué magnífica confesión de la grandeza de Francia! *Europa, armada ante vuestros muros, se dirige a vosotros.* Nosotros, que no habíamos respetado nada, éramos respetados por aquellos cuyas ciudades habíamos saqueado y quienes, a su vez, se habían hecho los más fuertes. Nosotros les parecíamos una nación sagrada; nuestro suelo les parecía una campiña de Elida, que, por orden de los dioses, ningún batallón podía hollar con su planta. Si, no obstante, París hubiera creído su deber hacer una resistencia de veinticuatro horas, los resultados habrían cambiado; pero nadie, excepto los soldados embriagados de fuego y de honor, quería ya a Napoleón, y por el temor de conservarlo se apresuraron a abrir las barreras.

París capituló el 31 de marzo: la capitulación militar se firmó en nombre de los generales Mortier y Marmont, y por los coroneles Denys y Fabvier; la civil tuvo lugar en nombre de los alcaldes de París. El consejo municipal y departamental envió una diputación al cuartel general ruso para ultimar los diferentes artículos: mi compañero de destierro, Cristián de Lamignon, era del número de los mandatarios, a quienes Alejandro dijo:

«Vuestro emperador, que era mi aliado, llegó hasta el corazón de mis Esta-

dos, llevando consigo males, cuyas huellas durarán mucho tiempo: una justa defensa me ha traído hasta aquí, aunque estoy lejos de querer devolver a Francia los males que de ella he recibido. Soy justo, y sé que esto no ha sido culpa de los franceses. Los franceses son amigos míos, y quiero probarles que vengo a devolverles bien por mal. Napoleón es mi único enemigo. Prometo mi protección especial a la ciudad de París; protegeré y conservaré todos los establecimientos públicos; solamente se alojarán en la ciudad tropas escogidas, y conservaré la guardia nacional que está formada de lo mejor de vuestros ciudadanos. A vosotros, pues, corresponde aseguraros vuestra dicha futura; es preciso daros un gobierno que procure el reposo y lo procure a Europa. A vosotros corresponde emitir vuestro voto, y siempre me encontraréis dispuesto a secundar vuestros esfuerzos.»

Ofrecimientos que fueron cumplidos puntualmente: ¡cuáles debían ser los sentimientos de Alejandro cuando distinguió las cúpulas de los edificios de esta ciudad, donde jamás entró el extranjero sino para admirarnos, para gozar de las maravillas de nuestra civilización y de nuestra inteligencia; de esta inviolable ciudad, que durante doce siglos defendieron sus grandes hombres; de esta capital de la gloria, que aun parecía proteger con su sombra Luis XIV!

ENTRADA DE LOS ALIADOS EN PARÍS. — BONAPARTE EN FONTAINEBLEAU. — LA REGENCIA EN BLOIS. — PUBLICACIÓN DE MI FOLLETO «DE BONAPARTE Y DE LOS BORBONES».

Dios había pronunciado una de esas palabras que de vez en cuando interrumpen el silencio de la eternidad. Entonces, en medio de la generación presente, se levantó el martillo que dió la hora que París sólo había oído sonar una vez. El 25 de diciembre de 496, Reims anunció el bautismo de Clovis, y las puertas de Lutecia se abrieron a los francos; el 30 de marzo de 1814, después del bautismo de sangre de Luis XVI, el viejo martillo que permanecía inmóvil, se levantó nuevamente sobre la campana de la antigua monarquía: un segundo golpe resonó, y los tártaros penetraron en París. Durante mil trescientos diez y ocho años, el extranjero había insultado las murallas

de la capital de nuestro imperio, sin poder nunca penetrar en ella, excepto cuando penetró llamado por nuestras propias divisiones. Los normandos sitiaron la ciudad de los *Parisii*, y éstos se apoderaron de los gavilanes que llevaban en el puño: Eudes, hijo de París, y rey futuro, *rex futurus*, dice Abdón, rechazó a los piratas del Norte: los *parisienses* soltaron sus águilas en 1814, y los aliados entraron en el Louvre.

Napoleón había hecho injustamente la guerra a Alejandro, su admirador, que imploraba la paz de rodillas: Napoleón había ordenado la carnicería del Moscú, obligó a los rusos a que ellos mismos incendiasen Moscú, había despojado a Berlín, humillado a su rey e insultado a su reina. ¿Qué represalias, pues, debíamos esperar? Vais a verlo.

El ejército de los aliados entró en París el 31 de marzo de 1814 a mediodía, diez días antes del aniversario de la muerte del duque de Enghien, 21 de marzo de 1804. ¿Valía la pena para Bonaparte de cometer una acción de tan larga memoria, por un reinado que debía durar tan poco? El emperador de Rusia y el rey de Prusia iban a la cabeza de sus tropas: yo los vi desfilar en los bulevares. Estupefacto y anonadado en mi mismo o, como si me arrancaran mi nombre de francés para sustituirlo por el número por el cual debía ser conocido de allí en adelante en las ruinas de la Siberia, y sintiendo, al mismo tiempo, crecer mi exasperación contra el hombre cuya gloria nos había reducido a esta vergüenza.

No obstante, esta primera invasión de los aliados no tiene ejemplo en los anales del mundo: el orden, la paz y la moderación reinaron en todas partes; las tiendas volvieron a abrirse, y los soldados rusos de la guardia, de seis pies de altura, eran seguidos por las calles por pilletes franceses, que se burlaban de ellos, como si fuesen figurones y máscaras de carnaval. Los vencidos podían ser tomados por vencedores, y éstos, temblando de sus triunfos, tenían el aire de pedir una excusa. La guardia nacional ocupaba solamente el interior de París, a excepción de los edificios en que se alojaban los reyes y príncipes extranjeros. El 31 de marzo de 1814, Francia estaba ocupada por numerosos ejércitos, y algunos meses después todas estas tropas volvieron a pasar las fronteras, sin disparar un tiro, sin derramar una gota de sangre,

desde la entrada de los Borbones. La antigua Francia se encuentra ensanchada en alguna de sus fronteras; se dividen con ella los navíos y los almacenes de Angers, y se le devuelven trescientos mil prisioneros dispersos en los países donde los había dejado la derrota o la victoria. Después de veinticinco años de lucha, cesa el rumor de las armas de un extremo a otro de Europa. Alejandro se marcha, dejándonos las obras maestras conquistadas y la libertad depositada en la carta, libertad que debimos tanto a sus luces como a su influencia. Jefe de los dos poderes supremos, doblemente autócrata por la espada y por la religión, sólo él, de todos los soberanos de Europa, había comprendido que en la edad de civilización a que Francia había llegado, no podía ser ya gobernada sino en virtud de una constitución libre.

En nuestra enemistad natural con los extranjeros, hemos confundido la invasión de 1814 y la de 1815, que de ninguna manera se parecen.

Alejandro no se consideraba como un instrumento de la Providencia, ni se atribuía nada. Al cumplimentarle madama de Staël sobre la felicidad que sus súbditos, privados de una constitución, tenían de ser gobernados por él, dió esta conocida respuesta: «Yo no soy más que un accidente feliz.»

Al atestiguarle un joven, en las calles de París, su admiración por la afabilidad con que había acogido a los más insignificantes ciudadanos, dijo: «Pues qué, ¿los soberanos no están hechos para eso?» El emperador no quiso habitar el palacio de las Tullerías, recordando que Napoleón lo había hecho en los palacios de Viena, de Berlín y de Moscú.

Mirando la estatua de Napoleón sobre la columna de la plaza Vendôme, exclamó: «Si yo estuviese tan alto, temería que se me desvaneciera la cabeza.»

Cuando recorría el palacio de las Tullerías, le enseñaron el salón de la Paz, y preguntó sonriendo: «¿Y de qué servía este salón a Bonaparte?»

El día de la entrada de Luis XVIII en París, Alejandro se ocultó detrás de una ventana, sin ninguna señal de distinción, para ver pasar la comitiva.

En algunas ocasiones tenía maneras elegantemente afectuosas. Visitando una casa de locos preguntó a una mujer si era considerable el número de las *locas por amor*: «Hasta el presente no lo es— contestó ella—: pero es de temer que au-

mente, a contar desde el momento de la entrada de V. M. en París.»

Un gran dignatario de Bonaparte decía al zar: «Hace mucho tiempo, señor, que vuestra llegada era esperada y deseada aquí.» «Yo hubiera venido más pronto—respondió—: no acuséis de mi tardanza sino al valor francés.» Es cierto que al cruzar el Rin había sentido no poderse retirar en paz al seno de su familia.

En el cuartel de los Inválidos encontró los soldados mutilados que le habían vencido en Austerlitz, y que estaban silenciosos y mudos: sólo se oía el ruido de sus piernas de palo en los patios desiertos y en la iglesia desnuda; Alejandro se enterneció, y mandó que les llevaran doce cañones rusos.

Propusieronle cambiar el nombre del puente de Austerlitz: «No—dijo—: basta que yo haya pasado sobre ese puente con mi ejército.»

Alejandro tenía algo de tranquilo y de triste; se paseaba por París a caballo o a pie, sin séquito y sin afectación. Tenía el aire sorprendido de su triunfo, y sus miradas, casi enternecidas, vagaban sobre una población a quien parecía considerar como superior a él: se había dicho que él se consideraba un bárbaro en medio de nosotros, como un romano se sentía lleno de vergüenza en Atenas. Quizás pensaba también en que aquellos franceses habían aparecido en su capital incendiada, y que a su vez sus soldados eran dueños de ese París donde pudieron haber encontrado algunas de las antorchas por las que Moscú fué liberada y consumida a un tiempo. Este destino, esta fortuna vacilante, esta miseria común de los pueblos y de los monarcas, debían herir profundamente un espíritu tan religioso como el suyo.

¿Qué hacía el vencedor de Borodino? Tan pronto como supo la resolución de Alejandro, envió al mayor de artillería, Maillard de Lescourt, la orden de destruir el puente de Grenelle. Rostopchin había incendiado Moscú, pero antes había hecho salir a los habitantes. De Fontainebleau, adonde había vuelto Napoleón, avanzó hasta Villejuif, y desde allí dirigió una mirada a París: soldados extranjeros custodiaban las puertas, y el conquistador se acordó de los días en que sus granaderos vigilaban en las murallas de Berlín, de Moscú y de Viena.

Los sucesos se destruyen unos a otros.

La regencia se había retirado a Blois, y Bonaparte había ordenado que la emperatriz y el rey de Roma saliesen de París, queriendo mejor, decía, verlos en el fondo del Sena, que vueltos a conducir a Viena en triunfo; pero al mismo tiempo había ordenado a José que permaneciera en la capital. La retirada de su hermano le enfureció, y acusó al rey de España de haberlo perdido todo. Los ministros, los miembros de la regencia, los hermanos de Bonaparte, su mujer y su hijo, llegaron mezclados a Blois, donde estaban las carrozas del rey, que fueron arrastradas por el lodo de la Beauce a Chambord, único pedazo de Francia dejado al heredero de Luis XIV. Algunos ministros pasaron más allá, y fueron a ocultarse en Breaña, mientras que Cambacérès se hacía llevar en una silla de manos por las calles pendientes de Blois. Corrían diversos rumores; hablábase de dos partidos; y durante muchos días se ignoró lo que pasaba en París, hasta que cesó la incertidumbre con la llegada de un trajinante, cuyo pasaporte tenía la firma de *Sacken*. Pronto llegó a la posada de la Galere el general ruso Schouwalof, que en seguida fué sitiado por los grandes, solícitos en obtener de él un pase para salvarse por donde pudieran. Sin embargo, antes de abandonar Blois, cada uno se hizo pagar de los fondos de la regencia sus gastos de viaje y los atrasos de sus sueldos: en una mano tenían el pasaporte, en la otra el dinero, teniendo cuidado, al mismo tiempo, de enviar su adhesión al gobierno provisional. El príncipe Esterhazy fué en busca de María Luisa y de su hijo de parte de Francisco II, y José y Jerónimo se retiraron a Suiza, después de haber querido inútilmente obligar a la emperatriz a que siguiese su suerte; pero María Luisa se apresuró a unirse con su padre. Medianamente adicta a Bonaparte, encontró el medio de consolarse, felicitándose al verse libre de la doble tiranía del esposo y del amo.

Bonaparte no estaba todavía destronado; más de cuarenta mil de los mejores soldados de la tierra estaban a su alrededor; podía retirarse detrás del Loira; los ejércitos franceses que llegaban de España zumbaban en el Mediodía; la ardiente población militar aun podía derramar sus lavas, y hasta entre los mismos jefes extranjeros se trataba todavía de Napoleón o de su hijo para reinar en

Francia. Durante dos días vaciló Alejandro. Como ya he dicho, el señor de Talleyrand se inclinaba en secreto a la política que tendía a coronar al rey de Roma, porque temía a los Borbones; y si entonces no entraba completamente en el plan de la regencia de María Luisa, era porque, no habiendo muerto Bonaparte, temía, como príncipe de Benevento que era, no poder ser el amo durante una minoría que estaría amenazada por la existencia de un hombre inquieto, emprendedor, y aun en la fuerza de la edad.

En estos días críticos fué cuando publiqué mi folleto *De Bonaparte y de los Borbones*, para hacer inclinar la balanza: sabido es el efecto que produjo. Yo me lancé a cuerpo descubierto en la lucha, para servir de escudo a la libertad renaciente contra la tiranía, aún en pie, y cuya desesperación triplicaba sus fuerzas. Yo hablaba en nombre de la legitimidad, con objeto de añadir a mis palabras la autoridad de los negocios positivos, y enseñé a Francia lo que era la antigua familia real: dije cuántos miembros existían de esta familia y cuáles eran sus nombres y su carácter; pero todo fué como si hubiese hecho la enumeración de los hijos del emperador de la China; de tal manera habían invadido al presente la República y el Imperio, y relegado los Borbones a lo pasado. Ya he dicho muchas veces que Luis XVIII declaró que mi folleto le había servido mucho más que un ejército de cien mil hombres, y hubiera podido añadir que fué también para él un certificado de vida. Yo contribuía a darle por segunda vez la corona por la feliz conclusión de la guerra de España.

Desde el principio de mi carrera política me hice popular entre la multitud; mas desde entonces perdí también mi fortuna cerca de los hombres poderosos. Todo el que había sido esclavo de Bonaparte me aborreía, y, por otra parte, era sospechoso a todos los que querían poner a Francia en vasallaje. En el primer momento sólo tuve en favor mío, entre los soberanos, al mismo Napoleón, que leyó mi folleto en Fontainebleau. Habíaselo llevado el duque de Bassano, y lo discutió con imparcialidad, diciendo: «¡Esto es justo, esto no lo es; ningún cargo tengo que hacer a Chateaubriand, que me ha resistido durante mi poder; pero esos canallas de...!» Y los nombraba,

Mi admiración por Napoleón siempre ha sido grande y sincera, aun cuando le atacaba con la mayor rudeza.

La moda del día es engrandecer las victorias de Bonaparte: los pacientes han desaparecido y no se escuchan ya las imprecaciones y los gritos de dolor y de angustia de las víctimas: ya no se ve a Francia, ya agotada, labrando su suelo por medio de sus mujeres; ya no se ven los habitantes de las aldeas heridos solidariamente con penas aplicables a un refractario; ya no se leen esos bandos de conscripciones pegados en las esquinas de las calles, ni los transeuntes agrupados delante de estas enormes sentencias de muerte, buscando consternados en ellas los nombres de sus hijos, de sus hermanos, de sus amigos, de sus vecinos; se olvida que todo el mundo se lamentaba de los triunfos; se olvida que la menor alusión contra Bonaparte en las piezas dramáticas que se escapaban a los censores era acogida con transporte; que el pueblo, la corte, los generales, los ministros, se hallaban cansados de su opresión y de sus conquistas, cansados de esa partida siempre ganada y jugada siempre, de esa existencia puesta en el suplicio todos los días por la imposibilidad del descanso.

La realidad de nuestros padecimientos se demuestra por la catástrofe misma; si Francia hubiera sido fanática por Bonaparte, ¿le habría abandonado dos veces brusca y completamente sin tentar el último esfuerzo por conservarlo? Si Francia lo debía todo a Napoleón, gloria, libertad, orden, prosperidad, industria, comercio, manufacturas, monumentos, literatura, bellas artes; si, antes de él, la nación nada había hecho por sí propia; si la República, desprovista de genio y de valor, no había defendido ni ensanchado el suelo, Francia ha sido muy ingrata y cobarde dejando caer al emperador en manos de sus enemigos, o, al menos, no protestando contra el cautiverio de semejante bienhechor.

Este cargo, que tendrían derecho para hacernos, no se nos hace, sin embargo. ¿Y por qué? Porque es evidente que en el momento de su caída, Francia no ha pretendido defender a Napoleón, pues, al contrario, lo ha abandonado voluntariamente: en medio de nuestras desdichas ya no reconocíamos en él más que al autor de nuestras miserias. Los aliados no nos han vencido; nosotros hemos sido los que, eligiendo entre dos azotes, re-

nunciamos a derramar nuestra sangre, que ya no corría por nuestras libertades.

Indudablemente la República había sido muy cruel; pero todos esperaban que pasaría, y que, tarde o temprano, recobraríamos nuestros derechos, conservando las conquistas preservadoras que nos había dado sobre los Alpes y sobre el Rin. Todas las victorias que consiguió eran ganadas en nuestro nombre: con ella sólo se trataba de Francia; siempre era Francia quien había triunfado y vencido; nuestros soldados los que lo habían hecho todo, y para ellos se instituían fiestas triunfales o fúnebres, y los generales (que los había muy grandes) obtenían una plaza honrosa, pero modesta, en los recuerdos públicos: tales fueron Marceau, Moreau, Hoche y Joubert, los dos primeros destinados a ocupar el lugar de Napoleón, que, nacido para la gloria, pasó repentinamente sobre el general Hoche, ilustrando con su envidia a este guerrero pacificador, muerto de pronto después de sus victorias, de Altenkirchen, de Neuwied y de Kleinnister.

Bajo el Imperio desaparecimos; ya no se trató más de nosotros, y todo correspondía al emperador: *He ordenado, he vencido, he hablado; mis águilas, mi corona, mi sangre, mi familia, mis súbditos.*

¿Qué sucedió, sin embargo, en estas dos posiciones parecidas y opuestas a la vez? Nosotros no abandonamos la República en sus reveses; ella nos mataba, pero nos honraba; nosotros no sufríamos la vergüenza de ser propiedad de un hombre, y gracias a nuestros esfuerzos, Francia no fué invadida; derrotados los rusos más allá de los montes, vinieron a expirar en Zurich.

En cuanto a Napoleón, a pesar de sus enormes adquisiciones, ha sucumbido, no porque fuera vencido, sino porque Francia no lo quería ya. ¡Gran lección, que nos hará recordar para siempre que hay pena de muerte en todo lo que hiere la dignidad del hombre!

Los ánimos independientes de todo matiz y de toda opinión empleaban un lenguaje uniforme en la época de la publicación de mi folleto. Lafayette, Camillo Jordán, Ducis, Lemercier, Lanjuinais, madama de Staël, Chenier, Benjamin Constant, Le Brun, pensaban y escribían como yo. Lanjuinais decía: «Nosotros fuimos a buscar un señor entre hombres a quienes los romanos no querían por esclavos.»

Chenier no trataba con más favor al emperador:

«Un corso ha devorado el patrimonio de los franceses, la flor de sus héroes ha sido truncada en los campos de batalla, mártires arrastrados al cadalso por el amor a la gloria, y que han caído sustentando otra esperanza. Demasiada sangre, demasiadas lágrimas, de las que un solo hombre debe ser responsable, han inundado Francia.

«También yo, excesivamente crédulo, he celebrado mucho tiempo sus conquistas, en el Foro, en el Senado, en nuestras diversiones y en nuestras solemnidades.

«Pero, cuando a manera de un prófugo que regresa a sus hogares, trocó sus laureles por el imperio, no adulé su brillante infamia; mi voz tronó siempre contra la opresión, y mientras que el tirano contemplaba a sus pies una nube de aduladores que le vendían los intereses de la nación juntamente con sus versos llenos de lisonjas, no pudo menos que notar mi ausencia porque yo he cantado la gloria, pero no la tiranía.»

(Promenade, 1805.)

Madama de Staël hace un juicio no menos riguroso de Bonaparte:

«¿No sería una gran lección para la raza humana, si estos directores (los cinco miembros del Directorio), hombres muy poco guerreros, se levantasen del polvo y exigieran cuenta a Napoleón de las fronteras del Rin y de los Alpes, conquistadas por la República; cuenta de los extranjeros llegados dos veces a París; cuenta de los tres millones de franceses que han sido sacrificados desde Cádiz hasta Moscou; cuenta, sobre todo, de esa simpatía que las naciones experimentaban por la causa de la libertad de Francia, y que ahora se ha cambiado en aversión inveterada?»

(Consideraciones sobre la revolución francesa.)

Escuchemos a Benjamín Constant:

«El que, hacía doce años, se proclamaba destinado a conquistar el mundo, ha terminado con todas sus pretensiones... Aun antes de que su territorio fuera invadido, es acometido de una turbación

que no puede disimular. Apenas tocan sus límites, arroja lejos todas sus conquistas; exige la abdicación de uno de sus hermanos; consagra la expulsión de otro, y, sin que nadie se lo pida, declara que renuncia a todo.

«En tanto que los reyes, aun vencidos, no abjurán de su dignidad, ¿por qué el vencedor de la tierra cede al primer fracaso? Los gritos de su familia, nos contesta, desgarran su corazón. ¿No eran también de esa familia los que perecían en Rusia, en la triple agonía de las heridas, del frío y del hambre? Pero, en tanto que ellos expiraban abandonados por su jefe, este jefe se creía en seguridad, y ahora el peligro de que participa le da una sensibilidad súbita.

«El miedo es un mal consejero, sobre todo donde no hay conciencia; en la adversidad como en la dicha, no hay más medida que la moral. Donde no rige la moral, la dicha se pierde por la clemencia, y la adversidad por el envilecimiento.

«¿Qué efecto debe producir en una nación valerosa ese ciego terror, esa pusilanimidad repentina, sin ejemplo, aun en medio de nuestras borrascas? El orgullo nacional hallaba (y era un mal) una especie de indemnización en no ser oprimido sino por un jefe invencible. ¿Qué queda hoy? Nada de prestigio ni de triunfos; un imperio mutilado; la execración del mundo; un trono cuyas pompas son ajadas; derribados sus trofeos, y que por toda comitiva sólo tiene las sombras errantes del duque de Enghien, de Pichegrú y de tantos otros como fueron degollados para fundarlo.»

(Del espíritu de conquista.)

¿Llegué yo tan lejos como esto en mi escrito *De Bonaparte y de los Borbones*? Las proclamas de las autoridades en 1814, que voy a reproducir, ¿no han repetido, afirmado y confirmado estas opiniones diversas? Si las autoridades que se expresan de esta manera han sido cobardes y degradadas por su primera adulación, no por esto restan fuerza a sus argumentos.

Podría multiplicar las citas; pero sólo recordaré dos, a causa de la opinión de dos hombres: Béranger, este constante y admirable admirador de Bonaparte, no cree deber excusarse a sí mismo: «Mi admiración entusiasta y constante por el genio del emperador, jamás me cegó so-

bre el despotismo siempre creciente del Imperio.» Pablo Luis Courier, refiriéndose al advenimiento de Napoleón al trono, dice: «¿Qué significa, dime... un hombre como él, Bonaparte, soldado, el primer capitán del mundo, querer que le llamen majestad? ¿Ser Napoleón y hacerse señor! Aspira a descender; pero no: cree subir igualándose a los reyes: él prefiere más un título que un nombre. Sus ideas son inferiores a su fortuna. César lo entendía mucho mejor, y no tomó títulos gastados; pero hizo de su nombre un título superior al de los reyes.» Los talentos verdaderos han tomado el camino de la misma independencia: el señor de Lamartine en la tribuna, el señor de Latouche en el retiro, y el señor Víctor Hugo, en dos o tres de sus más hermosas odas, ha repetido estos nobles acentos:

«En la obscuridad de los atentados, en el brillo de las victorias, ese hombre que desconocía al Dios que lo había enviado, etc.»

No era menos severo el juicio del resto de Europa. Entre los ingleses sólo citaré el sentimiento de los hombres de oposición, que acomodaban y justificaban todo lo de nuestra Revolución. Leed a Mackintosh en su defensa de Peltier: Sheridan, con motivo de la paz de Amiens, decía al parlamento: «Cualquiera que llegue a Inglaterra, saliendo de Francia, cree escapar de un torreón para respirar el aire y la vida de la independencia.» Lord Byron, en su oda a Napoleón, le trata de la manera más indigna:

"T is done-but yesterday a king!
And arm'd with kings to strive,
And now thou art a namless thing
So abject-yet alive.

«Se acabó: ¡ayer eras rey y tenías armas para combatir a los reyes! Hoy eres una cosa sin nombre, tan despreciable y, sin embargo, aun vives.»

La oda entera es por este estilo: cada estrofa vence a la otra, lo cual no ha impedido a lord Byron celebrar la tumba de Santa Elena. Los poetas son pájaros: cualquier ruido les hace cantar.

Sólo falta a la sanción de estas opiniones una autoridad que las confirme: Napoleón se ha encargado de notificar su verdad. Despidiéndose de sus soldados en el patio de Fontainebleau, confiesa en voz alta que Francia lo rechaza: «Francia misma—dice—ha querido otros destinos.» Confesión inesperada y memoria-

ble, cuyo peso nada puede disminuir, ni nada amenguar su valor.

Dios, en su paciente eternidad, manifiesta, tarde o temprano, la justicia; en los instantes del sueño aparente del cielo, siempre será hermoso que vele la reprobación de un hombre honrado, y que permanezca como un freno al poder absoluto. Francia no renegará de las almas nobles que reclamaron contra su servidumbre, cuando todo estaba prosternado, porque había tantas ventajas en estarlo, tantas mercedes que recibir por adulaciones, tantas persecuciones que sufrir por la sinceridad. ¡Honor, pues, a los La Fayette, a los Staël, a los Benjamín Constant, a los Ducis, a los Lemercier, a los Lanjuinais y a los Chenier, que en pie, en medio de la rastrera multitud de los pueblos y de los reyes, osaron despreciar la victoria y protestar contra la tiranía!

Revisado en 22 de febrero de 1846.

DECRETO DE DESTITUCIÓN DADO POR EL SENADO. — PALACIO DE LA CALLE DE SAINT-FLORENTIN. — EL SEÑOR DE TALLEYRAND. — MENSAJES DEL GOBIERNO PROVISIONAL. — CONSTITUCIÓN PROPUESTA POR EL SENADO. — LLEGADA DEL CONDE DE ARTOIS.—ABDICACIÓN DE NAPOLEÓN EN FONTAINEBLEAU.

El 2 de abril, los senadores, a los que sólo se debe un artículo de la Carta de 1814, el innoble artículo que les conserva sus pensiones, decretaron la destitución de Bonaparte. Si aquel decreto libertador para Francia, infame para los que lo dieron, hace una afrenta a la especie humana, enseña, al mismo tiempo, a la posteridad, el precio de las grandezas y de la fortuna, cuando éstas han desdeñado asentarse sobre las bases de la moral, de la libertad y de la justicia.

Decreto del Senado conservador.

«El Senado conservador, considerando que en una monarquía constitucional sólo existe el monarca en virtud de la constitución o del pacto social;

«Que Napoleón Bonaparte, durante algún tiempo de gobierno firme y prudente, había dado a la nación motivos para contar en el porvenir con actos de sabiduría y de justicia; pero que en seguida ha